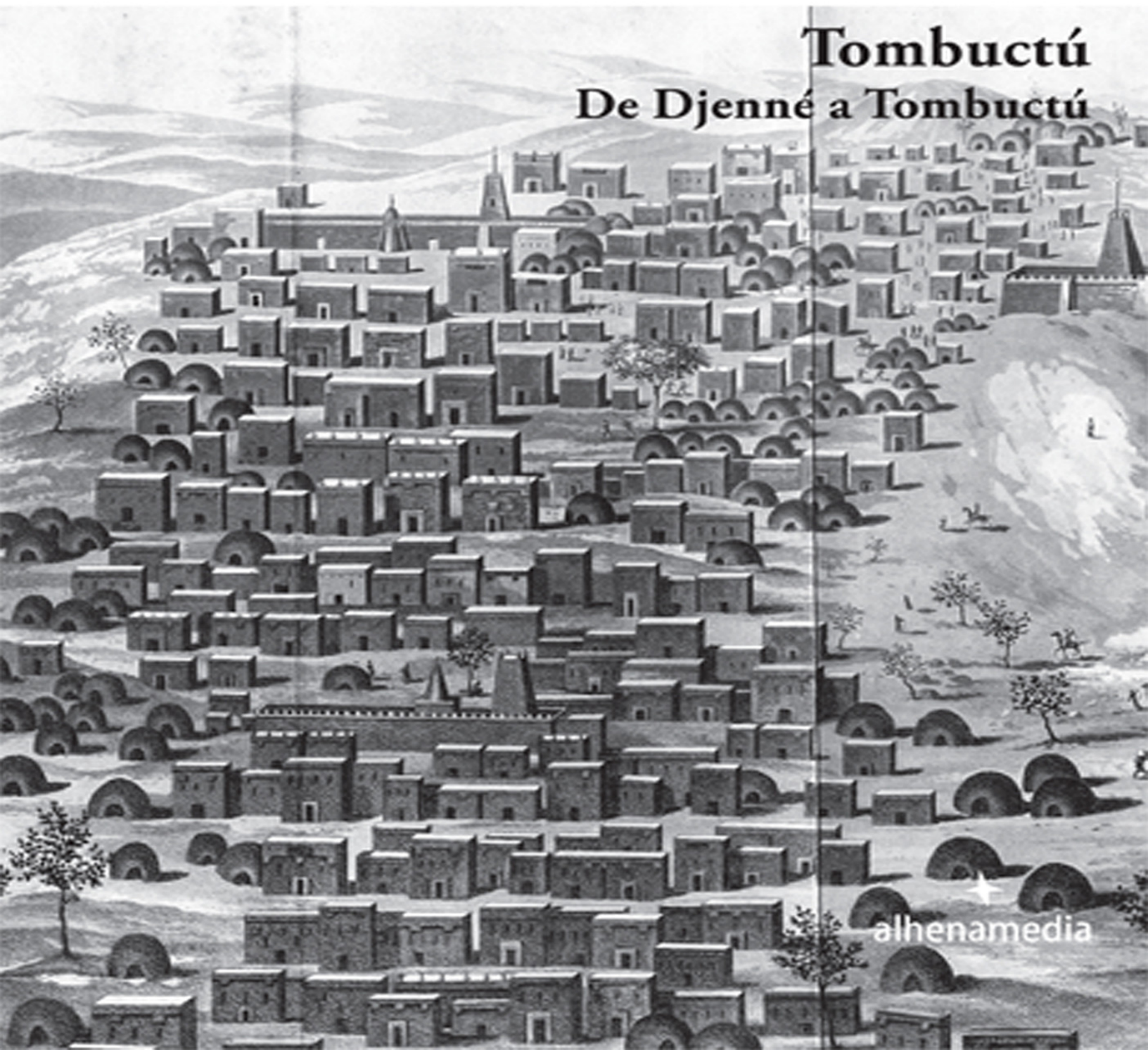


LO OFRECE MÁS QUE UN GRUPO DE CASA

René Caillié

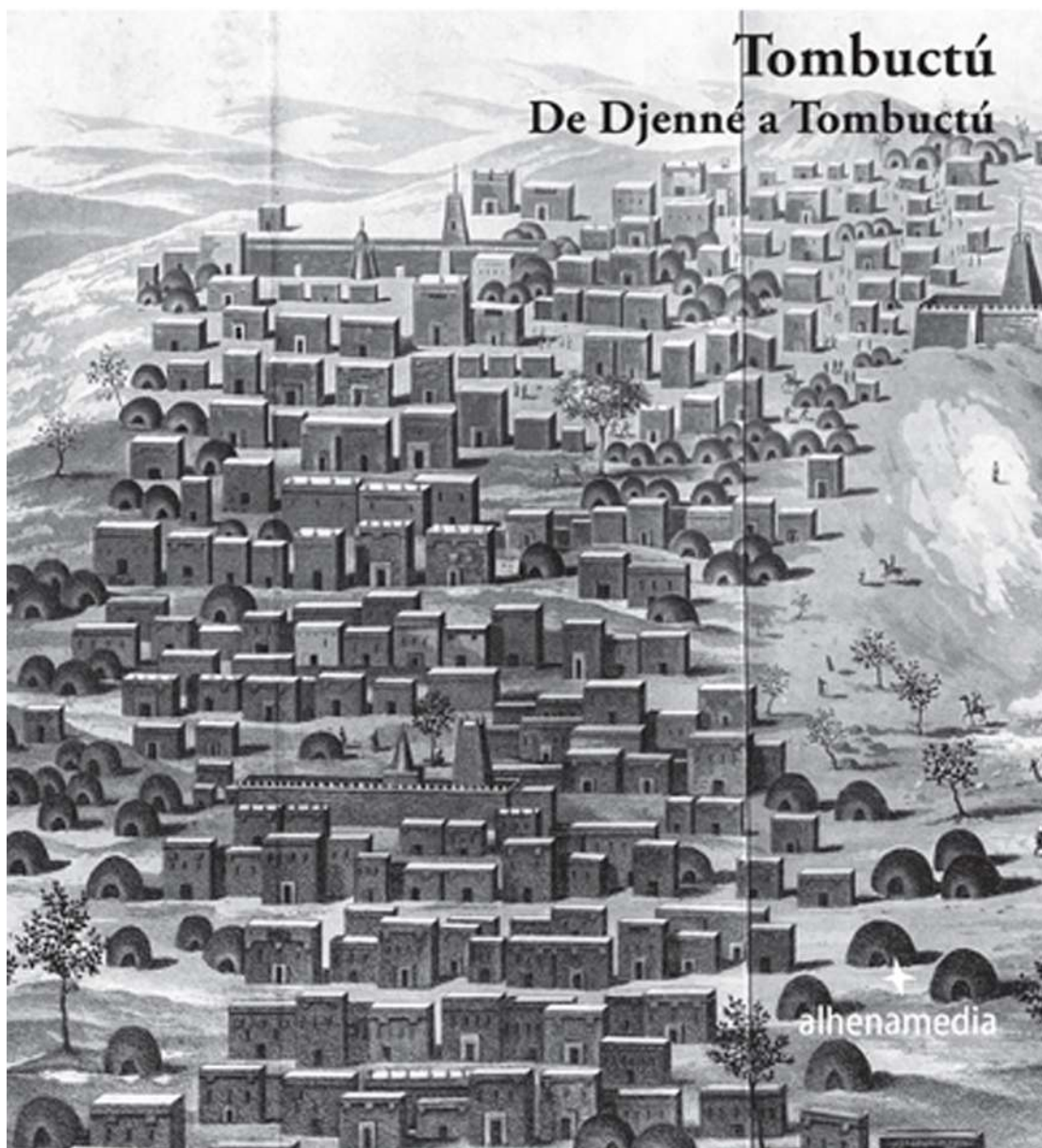
Tombuctú
De Djenné a Tombuctú



alhenamedia

LO OFRECE MÁS QUE UN GRUPO DE CASA

René Caillié



RENÉ CAILLIÉ

TOMBUCTÚ

DE DJENNÉ A TOMBUCTÚ

TRADUCCIÓN DE TALENTO UNIDO



Título original: *Journal d'un voyage à Temboctou et à Jenné, dans l'Afrique centrale, précédé d'observations faites chez les Maures Braknas, les Nalous et autres peuples; pendant les années 1824, 1825, 1826, 1827, 1828*, de René Caillié

© de la traducción, Talento Unido
© de esta edición, 2015 by Alhena Media

ISBN: 978-84-16395-75-0

Publicado por:
ALHENA MEDIA
Rabassa, 54, local 1
08024 Barcelona
Tel.: 934 518 437
alhenamedia@alhenamedia.info
www.alhenamedia.info

Reservados todos los derechos. Ningún contenido de este libro podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

CONTENIDO

[Nota del editor](#)

[Al Rey.](#)

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Notas](#)

NOTA DEL EDITOR

RENÉ CAILLIÉ FUE el primer europeo en visitar la ciudad mágica de Tombuctú y vivió para contarlo. Este libro es un extracto que reúne los pasajes más importantes de su relato *Journal d'un voyage à Temboctou et à Jenné, dans l'Afrique centrale, précédé d'observations faites chez les Maures Braknas, les Nalous et autres peuples; pendant les années 1824, 1825, 1826, 1827, 1828*, que consta de tres volúmenes.

El viaje de Caillié, como lo define Pierre Viguier en *Sur les traces de René Caillié*, «representa una extraordinaria aventura humana», un diario lleno de vida y humanidad propio de un espíritu aventurero.

Este diario muestra, además, el valor de la cultura y la riqueza de los pueblos, siempre factibles si se evitan los fanatismos de las religiones y la brutalidad humana.

Pese a haber pasado más de dos siglos desde su viaje, el libro tiene aspectos actuales y de un gran valor aún hoy en día.

Para nuestra editorial es un valor importante y creo que con esta edición pagamos una deuda al conseguir que, por fin, este relato vea la luz en lengua española.

AL REY

Señor,

ME ATREVO A ofrecerle a su Majestad el frágil relato de mis viajes por África; es menos un libro digno de su atención que una promesa de dedicación al servicio de su Majestad y al bien de mi país. Este sentimiento fue mi único apoyo durante las adversidades. Yo pretendía, como la más bella de todas las recompensas, el honor de ofrecer a mi rey, un día, el fruto de algunos descubrimientos en países que fueron tumba desconocida de ilustres viajeros. La bondad que tiene su Majestad al aceptar este homenaje es el broche de oro de mis deseos, y se suma a mi aprecio y a mi devoción por el honorable monarca al que Francia debe su fama y prosperidad.

Yo soy, con el más profundo respeto, de vuestra Majestad, Señor,

El humilde y muy fiel,

R. CAILLIÉ.

PRÓLOGO

FINALMENTE, REVELO AL público la narración de mi viaje hacia el interior de África, la cual debía publicar hace mucho tiempo. Varias causas han retrasado su publicación hasta hoy, más de quince meses desde que pisara mi tierra natal. He hecho referencia a regiones que he recorrido a través de notas fugaces, muy escuetas, escritas temblando y, por decirlo de una manera, corriendo. Ellas, como una pieza de certeza inexorable, se hubiesen puesto en mi contra si me hubieran sorprendido trazando caracteres extranjeros y revelando a los blancos los misterios de estos territorios. En África, y en particular en los países ocupados por los moros y los *fulani*, la hipocresía religiosa representa para algunos extranjeros el más cruel ultraje, y es cien veces mejor, tal vez, pasar por cristiano que por falso musulmán; así que mi sistema de viaje tenía sus ventajas, muy justificadas también por el éxito, así como terribles inconvenientes. Yo llevaba en mi bolsa siempre una sentencia de muerte y con mucha frecuencia esta bolsa debió ser confiada a manos del enemigo. Cuando llegué a París, las notas, con frecuencia escritas a lápiz, se encontraban tan desgastadas, tan borradas por el tiempo, mis viajes y mi mala fortuna, que fue necesaria toda mi tenacidad y la escrupulosa fidelidad de mi memoria para restaurarlas y reproducirlas como base de mis observaciones y material para mi historia.

Pero esta misma fidelidad escrupulosa que debe prevalecer en la redacción de los viajes y que yo considero el mayor mérito de la mía, exigía de mi parte consagrar el tiempo necesario para no omitir nada esencial y así presentar los hechos en el orden en el que yo los había observado y escrito. Otra razón, no menos legítima de esta demora, es una enfermedad larga y peligrosa que me abrumó algunos meses después de mi llegada a Francia y la pérdida de mis fuerzas, que se habían agotado debido al gran cansancio y privaciones, resultado de diez meses de recorrido en un suelo caliente y tan a menudo nefasto para la osadía de nuestros viajeros europeos. Hay que agregar igualmente la amplitud de estos documentos, que ascienden a casi tres volúmenes, mi poca experiencia en el arte de la escritura y la decisión

de no recurrir a una pluma extranjera, a excepción de algunos errores de estilo que escaparían de forma natural en la más difícil y la más delicada de las lenguas, porque quería ofrecer al público una redacción que me perteneciera, no menos que la sustancia de mis observaciones, una composición que fuera, no elegante ni rebuscada, sino sencilla, clara y directa, y que reprodujera con sinceridad todo mi viaje y las características propias del explorador. Allí no se encontrarán, lamentablemente, consideraciones de gran magnitud acerca de las instituciones políticas y religiosas, ni sobre las costumbres de las personas con quienes me crucé. Aunque mis estudios anteriores habían centrado mi mente en este tipo de pensamiento, los limitados recursos a mi disposición y la necesidad de un paso rápido, no permitieron que me quedara el tiempo suficiente para dar a mis investigaciones una base sólida en este sentido. Mi principal objetivo era reunir con cuidado, con precisión, todos los hechos evidentes, cualquiera que fuera su naturaleza, y dedicarme en especial a todo lo relacionado con el progreso de la geografía y de nuestro comercio en África.

Una estancia prolongada en nuestros enclaves y en las colonias de Senegal, y tal vez mi propia experiencia, me habían enseñado que este comercio, durante tanto tiempo extenuado, necesitaba nuevas oportunidades y nuevas relaciones en el interior del continente; pero para establecer estas nuevas relaciones, para imponer a poblaciones distantes la contribución de nuestra industria, eran necesarios nuevos descubrimientos, nuevos conocimientos geográficos absolutamente esenciales para los esfuerzos del Gobierno hacia nuestros mercados más allá de la costa. Este auténtico requisito, esta urgente necesidad de presionar nuestro negocio en África, se convirtió en el alma de mi información y de las decisiones que tomaba, sobre todo, en una cierta parte de mi viaje en la cual yo estaba convencido de la influencia poderosa que ejercerían, tarde o temprano, nuestras colonias y nuestras relaciones comerciales, información clara y optimista, procedente de las mismas fuentes y depositada en poder del Gobierno del Rey, patrón celoso y preocupado por intereses tan importantes, y que sobre todo hoy en día, afectan la prosperidad del reino, y tal vez su reposo interior.

¿Fui lo bastante audaz para alcanzar mis deseos, la esperanza que me atreví a concebir, con mis antiguos compatriotas de Senegal, para completar esta parte de la tarea que me había impuesto, y por lo tanto, pagar mi tributo al Gobierno de mi país? Corresponde a mis jueces naturales, hoy custodios del fruto de mi investigación, y al éxito de las empresas que esta causó, responder a esta pregunta. Acerca de los avances que las ciencias geográficas y naturales puedan deber a mi viaje, no me corresponde más que apreciarlas; debo dejar el juicio a quienes las representan tan dignamente en la capital del mundo civilizado; juicio que me hubiese sido muy eficaz y tan útil; en especial, tener conocimientos y talentos cuando, solo y entregado a mis débiles medios, todos los días estuve en el teatro de un mundo desconocido y virgen todavía para la mirada curiosa y científica de Europa. Armado de estos conocimientos y de los instrumentos que les debemos, yo hubiera esperado responder más satisfactoriamente a los deseos de la Sociedad Geográfica, hacerme más digno de la bienvenida halagadora y amable que me dieron, de las distinciones y premios que su patriotismo sabe adjudicar a quienes les ayudan en sus esfuerzos; esta sociedad que persigue con tanto celo el éxito del desarrollo de la ciencia, y cuyos programas, arrojados en las playas africanas y caídos en mis manos, confirmaron la importancia que yo atribuía a mi viaje al África Central, y me animaron a la realización del proyecto que yo albergué desde ese momento, intentar, un día, el descubrimiento de Tombuctú.

Al hacer estos homenajes a la Sociedad Geográfica, no debo olvidar a uno de sus más distinguidos miembros, Mr. Jomard, presidente del Comité Central y miembro del Instituto, que desde mi llegada a Francia no cesó de honrarme constantemente con su consejo y su bondad especial, que no despreció asociar su nombre al mío, y que tuvo la amabilidad de contribuir al éxito que pueda tener este relato, enriqueciéndolo con un mapa dibujado en mis notas, y la investigación geográfica en un continente cuyo estudio le es desde hace mucho tiempo familiar, tanto como viajero como escritor. ¡Reciba aquí el testimonio público de mi gratitud!

INTRODUCCIÓN

SINTIENDO DESDE MI más tierna infancia una gran inclinación por los viajes, siempre aproveché con entusiasmo las oportunidades que pudieran facilitarme los medios de adquirir formación, pero, a pesar de todos mis esfuerzos para complementar la falta de una buena educación, sólo pude obtener conocimientos imperfectos. Mi total convicción acerca de la insuficiencia de mis recursos me afligía a menudo, cuando pensaba en todo aquello que me hacía falta para completar la tarea que me había impuesto; sin embargo, pensando en los peligros y en las dificultades de tal empresa, esperaba que las notas y la información que yo aportaría como consecuencia de mis viajes serían recibidas por el público con interés: ni por un instante renuncié a la esperanza de explorar algún país desconocido de África y, por consiguiente, la ciudad de Tombuctú se convirtió en el objeto permanente de todos mis pensamientos, el fin de todos mis esfuerzos; mi decisión fue tomada para alcanzar el éxito o perecer. Hoy, que estoy bastante feliz por haber logrado este propósito, el público podrá concederle alguna indulgencia a la historia de un viajero sin pretensiones que simplemente relata lo que vio, los sucesos que le ocurrieron y los hechos de los cuales fue testigo.

Nací en 1800 en Mauzé, departamento de Deux-Sèvres, de padres pobres; tuve la desgracia de perderlos en mi infancia. No recibí otra educación que la que se impartía en la escuela gratuita de mi pueblo; tan pronto como aprendí a leer y escribir, me hicieron aprender un oficio que me disgustaría muy rápido debido a la lectura sobre viajes, que ocupaba todos mis momentos de ocio. La historia de Robinson, sobre todo, despertaba mi joven imaginación. Yo ardía en deseos de tener aventuras como él; ya sentía incluso en ese momento nacer en mi corazón la ambición de ser reconocido por algún descubrimiento importante.

Me prestaron libros de geografía y mapas: el de África, donde sólo podía ver países desiertos o marcados como desconocidos, llamaba más que cualquier otro mi atención. Finalmente, esa afición se convirtió en una pasión por la cual yo renunciaba a todo. Dejé de

participar en los juegos y diversiones de mis compañeros; me encerraba los domingos para leer los relatos y todos los libros de viajes que podía conseguir. Hablé con mi tío, que era mi tutor, sobre mi deseo de viajar. Él lo desaprobó, enfatizando con fuerza los peligros que correría en el mar, el pesar que sentiría lejos de mi país y de mi familia, y finalmente, hizo todo lo posible por alejarme de mi plan. Pero este propósito era irrevocable; insistí de nuevo en partir y no se opuso más.

Yo sólo tenía sesenta francos, y con esta pequeña suma me dirigí a Rochefort en 1816. Me embarqué en la barcaza *La Loire*, que iba a Senegal.

Se sabe que esta embarcación navegaba en compañía de *La Meduse*, en la que se encontraba Mr. Mollien, al cual aún no conocía y quien debía realizar descubrimientos interesantes en el interior de África. Nuestra barcaza, que se había alejado afortunadamente de la ruta que seguía *La Meduse*, llegó sin incidentes a la rada de Saint-Louis. De allí me dirigí a Dakar, pueblo de la península de Cabo Verde, a donde fueron conducidos los desafortunados naufragos de *La Meduse* por la gabarra de *La Loira*. Después de una estancia de algunos meses en estos tristes lugares, cuando los ingleses entregaron la colonia a los franceses partí hacia Saint-Louis.

Cuando llegué, el gobierno inglés preparaba una expedición para explorar el interior de África bajo la dirección del mayor Peddie. Cuando estuvo lista, se dirigió a Kakondy, pueblo situado en la orilla del río Nunez. El mayor murió al llegar. El capitán Campbell tomó el mando de la expedición y partió con su gran caravana para cruzar las altas montañas de Fouta Djallon; en pocos días perdió algunos animales de carga y varios hombres; sin embargo, decidió proseguir su camino. Pero, apenas llegó a la tierra del *almamy*¹ de Fouta Djallon, la expedición fue retenida por orden de este soberano. Fue necesario pagar una gran contribución al *almamy* para obtener el permiso de retirarse, volver sobre sus pasos, cruzar de nuevo los ríos, cuyo pasaje había sido muy penoso, y soportar tales persecuciones que, para detenerlas y hacer la marcha menos embarazosa, el comandante mandó quemar los productos secos, romper las armas y lanzar la